

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

Historia del Tatuage.



El deseo de ser bello, de alcanzar los más ricos dones de la naturaleza, no es sólo patrimonio de la humanidad; los animales de cierta jerarquía zoológica, los que en razón de su estructura anatómica se aproximan más al hombre, revelan en sus costumbres el instinto de mejorar sus condiciones físicas, para hacerse más accesibles á la concurrencia de los demás de su especie, y aun obtener la aceptación de los otros para su propia satisfacción.

Muchos animales, sobre todo numerosos pájaros, experimentan este sentimiento estético. Darwin ha demostrado que la belleza de los animales machos, en varias especies, resulta probablemente del gusto estético de las hembras y de la selección sexual.

La coquetería, como dice Letourneau, es común en el reino animal; pero en razón de sus limitadas condiciones fisio-psicológicas, el animal, inferior al hombre, no trata de modificar por medio del arte la apariencia de su cuerpo. No obstante, M. Amade, que por mucho tiempo recorrió las florestas de la Cochinchina, afirma haber visto un pájaro perteneciente al género *calaos*, que con el auxilio de un líquido amarillo secretado por unas glándulas situadas cerca de la cola, afeitaba con el pico las plumas caudales y las mayores de sus alas.

En la fauna *mammagónica* como en la ornitológica, la belleza

física de los machos es superior á la de las hembras, y es para ellos un medio de seducción natural del que se valen para arrastrar á su pareja al abrazo. El hombre, bajo este aspecto, es inferior á la mujer, pero bien pronto trató de buscar en el adorno los medios de seducirla; de aquí que en todas las tribus salvajes actuales veamos al hombre más adornado que la mujer, hecho del cual podemos deducir que iguales costumbres adoptaron sus antepasados.

Entre los restos de los antiguos hombres de las cavernas, existen piedras ahuecadas con residuos de colores, ocre y otras sustancias que sin duda usaban para pintarse la cara; y digo la cara, porque en esa época el cuerpo del hombre estaba cubierto de pelo, y no es probable que haya tratado de embadurnarse con tintas. En los yacimientos magdalénicos se descubrieron tiestos con materias colorantes, lo que hace suponer que los hombres de esa edad se pintaban el cuerpo; y esa tendencia á adornarse de tal manera, ha continuado hasta nuestros días, no sólo entre los salvajes que á falta de vestido adornan su piel, sino aun entre los pueblos que se dicen civilizados.

Si recorremos la historia del tatuaje á grandes rasgos, veremos que la pintura superficial fué lo primero que usó el hombre para adornarse.

Moisés prohibió á los hebreos la costumbre de tatuarse; en el cap. XIX del Levítico, dice á su pueblo: «Vosotros no os hareis incisiones para llorar á los muertos, y vosotros no os imprimireis sobre el cuerpo ningún carácter de falsas divinidades.» En el Ezequiel, ver. IX, 6., dice también: «Matad, destruid á los viejos, á los jóvenes, á las vírgenes, á los niños y á las mujeres, pero no os aproximéis á cualquiera que tenga marca.» Esto prueba que el pueblo judío tenía la costumbre de tatuarse, aunque otros pueblos del Asia occidental participaban de los mismos usos que en aquella época.

En los pueblos de origen semítico, era también de uso pintarse el cuerpo. Mahoma, en el cap. IV del Coran, ver. 118, pág. 78, dice así: «Que la maldición de Dios sea sobre vosotros, dijo: Yo me apoderaré de cierta porción de tus siervos; yo los extraviaré, les inspiraré deseos, yo les ordenaré cortar las orejas de ciertos animales, yo les ordenaré alterar la creación de Dios.»¹

¹ M. Kasimirski, intérprete de la Legación francesa en Persia, traductor del Coran, pone abajo de este versículo la nota siguiente: Mahoma ha protestado contra ciertas cos-

Más lejos, en el cap. LXVIII, vers. 15 y 16, dice el libro de Mahoma: «Este hombre que á la lectura de nuestro libro dijo: Estos son cuentos de los antiguos, nosotros le imprimiremos una marca sobre las narices.»

Herodoto hace mención del tatuaje en los thrasas; dice: «una piel marcada, llena de piquetes, atestigua un noble origen; aquel que no está tatuado, es de bajo nacimiento.»

Luciano dice, hablando de los asirios: «todos se divierten haciéndose piquetes, sea en las manos, sea en el cuello.» Tácito habla de la coloración negra que los arias se ponían en la piel para tener un aspecto feroz en tiempo de guerra.¹

Diversos motivos han debido conducir al hombre á practicar el tatuaje, y es natural que, en virtud de ley incontrastable del progreso, á la costumbre sencilla de pintarse el cuerpo, haya sucedido la de grabarse, para que lo que sirve de adorno sea más duradero y persistente.

En su principio, como dijimos, el arte de pintar el cuerpo fué simplemente ornamental, y aun continúa así casi en todos los pueblos de las islas oceánicas; y es natural que, en virtud del uso, haya tomado un carácter específico y servido después para distinguir una tribu de otra, ó un clan de su tribu. De aquí la importancia étnica del tatuaje considerado bajo cierto aspecto.

El tatuaje no se practicó siempre con el mismo motivo; la evolución social lo ha hecho cambiar de objeto en ciertas épocas de su historia: y esta costumbre sencillamente ornamental, pasó á tener carácter religioso en diversos pueblos de Asia, de Africa y Grecia. Grecia y el Asia menor tuvieron su dios del tatuaje.

Páris, después de robar á la bella Elena del palacio de Menelao, se hace tatuar en el templo de Hércules para hacerse inviolable.²

Los fenicios grababan en su frente los signos de su divinidad.

Los antiguos egipcios se trazaban en la piel los emblemas de Isis y de Osiris, y los sacerdotes se tatuaban los mismos signos.

Según Procopio, los primeros cristianos de Oriente y de Italia

tumbres de los árabes idólatras. Los comentadores piensan que por las palabras «yo les ordenaré cambiar, alterar la creación de Dios,» Mahoma ha querido condenar la castración de los esclavos, las marcas impresas sobre sus caras y sus cuerpos, la costumbre de afilarse los dientes y el crimen contra natura, tanto entre hombres como entre mujeres.

¹ Lacassagne. Los tatuages. Estudio antropológico y médico-legal, pág. 8, cap. I.

² Herodoto. Historia, t. II, cap. CXIII.

se tatuaban con rayas de fuego en los brazos y en las palmas de las manos, el nombre de Cristo y el signo de la cruz.

Y Berchon dice, tomándolo de la misma cita de Procopio, que «los primeros cristianos habían tomado esta costumbre: *quod Christi nomen permulti, vel crucis signum, in palmis aut brachiis inuri sibi curarent*. «No obstante la prohibición de los Padres de la Iglesia y aun de un Concilio, no se ha dejado en Palestina la costumbre de tatuarse en los brazos y en los puños, el signo de la cruz ó el monograma de Cristo.» El viajero Thévenot se hizo también tatuar en 1658. «Empleamos, dice, todo el martes 29 de Abril en hacernos marcar los brazos, como hacen ordinariamente los peregrinos; son los cristianos de Bethleem, los que, según el rito latino, hacen esto. Ernesto Godard comprobó la persistencia de este uso en 1862, y podemos afirmar que aun está en vigor en Jerusalén, en donde constituye una verdadera industria para los mercaderes de objetos de devoción que hay cerca de la iglesia.» Nosotros tenemos en nuestra colección el tatuaje de un joven, hijo de uno de nuestros cónsules en Oriente, que en 1878 fué á Jerusalén en compañía de príncipes maronitas, y se hizo tatuar con todos sus compañeros. «Él nos ha asegurado que el Gran Duque Nicolás de Rusia tenía un dibujo semejante, hecho también en Jerusalén. Es, además, una costumbre frecuente en los peregrinos á Italia, y Lombroso ha observado un gran número de tatuajes en los visitantes del Santuario de Loreto.»¹

En el Levítico se prohíbe á los judíos toda especie de tatuaje, y la misma prohibición hace el Coran en sus capítulos IV y LXVIII.

«En la Nueva Guinea, los padres del culto de la Serpiente llevan en los brazos, en el pecho y en la cara, cicatrices en forma de guirnalda, que representan flores, animales, y sobre todo serpientes. Esta operación los hace sagrados.»

De la misma manera, según Alí Bey «todo árabe que lleve en cada mejilla tres cicatrices paralelas, será por esto consagrado como esclavo de la casa de Dios.»²

«En Nueva Zelandia, la mujer que no lleva el tatuaje ortodoxo, grabado por un sacerdote, no puede gozar de la felicidad eterna.»

«En la historia de China por Ma-Tien-Lin, que escribió en el siglo XII, se refiere la ceremonia completa del tatuaje, que se eje-

¹ Lacassagne. Los tatuajes. Estudio antropológico y médico-legal, pág. 10, cap. I.

² Lacassagne y Magitot. Art. Tatuaje, del Diccionario enciclopédico.

cuta en la joven en el momento de su matrimonio, en la isla de Hay-Han. Solamente en las clases nobles se acostumbra esta ceremonia. Tan pronto como la niña llega á la edad núbil, los parientes ofrecen una gran fiesta á todos los miembros de la familia. Las compañeras de la joven llevan las agujas y los pinceles, y le trazan de negro en la cara dibujos de flores, de mariposas, de insectos, finamente ejecutados. Los dibujos son grabados después por un artista, que es generalmente una vieja, y las imágenes trazadas por los piquetes, se desprenden de un fondo punteado que parece imitar un semillero de granos de mijo. La ceremonia se llama *Sieou-Mien*.»

«En Formosa, según Raoul, la misma ceremonia precede al matrimonio, en las mujeres, cuya cara queda enteramente cubierta de un tatuaje muy cerrado.»

Lo mismo se observa en las mujeres áinas de la isla de Yeso, en la embocadura del río Amor, y en la isla Taratai.¹

El tatuaje era también un medio de reconocimiento para los miembros de una tribu ó de una familia. «Se lee esta escena tan bien pintada en la Vida de los indios de la América del Norte, en la cual F. Cooper muestra al delaware, pronto á ser sacrificado por otros delawares, y que se hizo sagrado porque llevaba en el pecho la marca indeleble de la Tortuga, el escudo de su nación. Este es un signo verdaderamente sagrado que hace inviolable á aquel que lo lleva.»² Los pieles rojas llevaban una marca distintiva ó *totem* tatuada en el pecho, siempre una figura de animal bajo la protección del cual la tribu se creía amparada.

Es también un signo de posesión. En Argel las familias poderosas hacían tatuar á sus esclavos de un modo uniforme para reconocerlos; y estos tatuajes iban cambiando de carácter á medida que los esclavos pasaban de un dueño á otro, y en su piel traían la historia desde la familia ó tribu de que procedían hasta la del último poseedor. Pero estas marcas no eran un padrón de infamia como los estígmato que se imprimían en la frente ó en el cuerpo de los criminales, de los esclavos fugitivos y de los prisioneros de guerra.

Por el contrario, en la Polinesia el tatuaje tiene una significación heráldica, constituye un verdadero blasón, las armas de la fa-

¹ Lacassagne y Magitot, art. Tatuajes en el Dic. enciclop. de las cienc. méd.

² Dr. F. Delisle, Dic. de las ciencias antropológicas.

milia ó de la tribu, cuyos signos marcan ó las proezas del clan ó la rama de la tribu de donde procede. Así «en las islas Marquesas, el tatuage *paheke doble ó pihé* (oblicuo bilateral) es destinado á los jefes principales; es de un color azul. El tatuage *paheke simple* (oblicuo unilateral) corresponde á los jefes secundarios, y el *jiapú* que consiste esencialmente en dos cintas blancas transversales en la cara, es común á los naturales del grupo sudeste (Clavel, Diccionario antropológico).

Los tatuages de ese mismo género son practicados en casi toda la Polinesia, en las Carolinas, en la Nueva Guinea, en la Nueva Caledonia, en el archipiélago Malayo, en la India, en Ceilán, en el Japón, en China, etc. Estos tatuages son análogos á los que se encuentran en las momias peruanas, en casi todos los indígenas de la América del Sur y del Norte, en los cábilas, los árabes, los egipcios, etc. (Dr. F. Delisle.)¹

Como dijimos al principio de este capítulo, el sentimiento estético mueve al hombre desde temprana edad, á hermosear su cuerpo para presentarse con más atractivos ante la mujer, y seducirla con sus encantos. En Laos (Asia) el hombre, para agradar á las mujeres y encontrar una esposa, tiene que tatuarse desde la mitad del tronco hasta la mitad de las piernas, en derredor, con arabescos, flores, cuadrúpedos, palomas, monos, etc., todo fantástico y semejante á lo que existe en los monumentos búdicos. Lo contrario sucede con los dayacks (Borneo); en esa raza, las mujeres son las que sufren la dolorosa operación del tatuage para conquistar el amor de los hombres; semejante á lo que pasa con casi todas las prostitutas árabes que llevan cruces ó flores tatuadas en las mejillas y en los brazos; ó como las mujeres públicas marroquíes que tienen en los pechos puntos rojos ó placas de carmín.²

En la Nueva Zelandia, el tatuage constituye un adorno en las jóvenes, y lo practican en los labios con el objeto de encubrir su color rojo; la negrura de los labios es un signo de belleza, y de tal manera las madres cuidan de él, que durante la operación les cantan á sus hijas: «déjate tatuar para que no se diga cuando entres á la fiesta: allí va una de labios rojos.»

En todos los países y en todos los tiempos, la mujer, y más amenudo el hombre, se someten voluntariamente á torturas cruen-

¹ Diccionario de las ciencias antropológicas.

² Lacassagne. Tatuage.

tísimas para exagerar las formas con que la naturaleza los dotó y que adoptan, mediante su sentimiento estético, como la realización del tipo más bello. La mujer bosquimana hace gala de su esteatopigia procurando mover durante la marcha las enormes masas fibro-grasosas que se depositan en sus regiones gluteas; dichas mujeres se someten, según la creencia de algunos naturalistas, á un régimen especial y á un tratamiento apropiado, con el fin de aumentar el estado lipomatoso de sus regiones gluteas. El botocudo, el más antiguo habitante del Brasil, rasga el labio inferior y los lóbulos de las orejas, á pesar del prognatismo que tiene, para atravesarse rodajas de madera (*bombax ventricosa*) semejantes á tapones de barril por su forma y tamaño, con el objeto de alargar estos órganos y hacer *más hermosa su figura*.

Al australiano de Botany Bay no le bastaba pintar su cuerpo con tierras de colores rojo, negro y blanco, sino que se atravesaba el tabique de la nariz con un hueso del grueso de un dedo y de cinco pulgadas de largo, el cual era substituido por plumas de colores en ocasiones solemnes. Los esquimales del oeste del río Mackenssie se hacen una abertura en cada mejilla, y la ensanchan gradualmente hasta poder colocar en ella un adorno de piedra semejante á un botón; los ardras practican igualmente una incisión en cada mejilla, é invierten los labios de la herida hacia las orejas procurando que cicatrice en esa posición.

Los ñanbanas, en el Africa meridional, se distinguen por una hilera de verrugas que se hacen intencionalmente en la piel de la cara, y que se extienden desde la frente en toda su altura hasta la punta de la nariz; y estas cruentas señales que, desde la más ligera incisión hasta las grandes y abultadas cicatrices, forman una variedad que puede someterse á una rigurosa clasificación, distinguen en cada país una tribu de otra, y aun á las familias; y son tan multiplicadas como los signos de la complicada ciencia de la heráldica. Y á estas cicatrices, que podría creerse las dejan al cuidado de la naturaleza, las hacen afectar varias figuras, ya geométricas, simples líneas rectas, círculos concéntricos, rombos, rayas entrelazadas en forma de estrellas; ya figuras de animales acuáticos, como lagartos, caimanes y tortugas. Los naturales de las islas Alencianas, por ejemplo, se adornan la cara y las manos con figuras de animales cuadrúpedos, aves y flores; y entre los tungueses las figuras se reducen á líneas rectas y curvas,

Entre los cafres bachapines, los que se han distinguido en un combate, disfrutaban el honroso privilegio de marcarse el muslo con una cicatriz larga y ancha, que hacen de un color azulado frotando con ceniza la herida reciente.

La marca distintiva de la tribu de los buns (Africa) consiste en tres grandes cicatrices que parten del vértice de la cabeza y bajan por la cara hasta la boca, formando un relieve pronunciado que las hace muy aparentes. Ejecutan esta penosa operación sacando una tira de la piel y frotando después la superficie sangrante con aceite y cenizas de palma, lo que hace exuberante el tejido inocular al formar la cicatriz.

Los bornueses del Africa central cuentan en su cuerpo noventa cicatrices grandes, las cuales están repartidas de la manera siguiente: cuarenta en la cara, veinte de cada lado; éstas parten de las comisuras de los labios y se dirigen hacia los pómulos y la mandíbula inferior; seis en cada uno de los miembros, tanto superiores como inferiores; cuatro en cada lado del pecho, y nueve en cada costado llegando hasta las caderas. Los insulares del estrecho de Torres y del cabo de York, adornan también su cuerpo con anchas cicatrices, colocadas ya en los hombros, ya transversalmente en el pecho, en número de dos ó tres.

Los habitantes de Tanna (Nueva Guinea), no contentos con las pinturas superficiales que hacen en su piel, provocan en los brazos y en el pecho abultadas cicatrices que representan flores, estrellas y animales; á la misma dolorosa operación se someten los naturales de Formosa, y los altos personajes de Guinea ostentan su piel floreada á la manera de damasco, formadas las figuras por finas incisiones; otro tanto hacen las mujeres del Decán que por medio de estas finas incisiones en las cuales introducen colores, figuran flores y dibujos adamascados que llevan en los brazos, en el pecho y en la frente.

Los dientes, como las otras partes del cuerpo, no escapan á las modificaciones con que el salvaje pretende *embellecerse*.

Los reyangs de Sumatra, hombres y mujeres, tienen la bárbara costumbre de limarse y deformarse los dientes; las mujeres de Lampong los gastan hasta á nivel de las encías, otras tribus los hacen terminar en punta, y otras desgastan sólo el esmalte de estos órganos para hacerlos ásperos y que puedan recibir y retener mejor la pintura negra, semejante al azabache, con que los adornan

casi todos. Algunas tribus africanas se liman también los dientes de varias maneras, y cada familia tiene su moda propia. Cuando tratemos de las costumbres, á este respecto, de cada una de las tribus que poblaron las diversas regiones de México, veremos que los aborígenes de la raza zapoteca se limaban los dientes en forma de sierra, quizá para sostener mejor la pintura de que también hacían uso. Y en cuanto á pintura de los dientes, como objeto de adorno, ahí están las damas del Africa central que se los tiñen alternativamente de azul, amarillo y púrpura, y dejan algunos con su color natural para que el contraste haga resaltar más el afeite.

Las uñas también tienen su lugar en este concierto decorativo; las mujeres de que acabamos de hablar, empiezan su tocado desde en la noche, envolviéndose cuidadosamente los dedos de las manos y de los pies con hojas de alheña,¹ para que aparezcan al día siguiente teñidos de un bello color púrpura. En China las mujeres nobles se dejan crecer las uñas de las manos hasta alcanzar una longitud casi monstruosa, y para conservarlas en perfecto estado, tienen necesidad de llevarlas en cajas para impedir su ruptura. El asceta chino, como para significar que su vida es enteramente contemplativa y que no se ocupa de actos mundanos, se deja también crecer las uñas de las manos, que toman, después de adquirir cierto desarrollo, las formas más extravagantes.

En todas partes existió la costumbre de torturar la cabeza de los niños recién nacidos, para darles una forma especial en relación con el sentimiento estético de cada pueblo y sus tendencias guerreras, para ostentar en la deformación de la cabeza el signo del valor.

De aquí la costumbre de aplanar la cabeza de los niños por medio de cuerpos anchos y pesados, ú obligarla á tomar la forma de pilón ó de cono por medio de vendajes y compresas que la oprimen constantemente, hasta que adquiere la forma deseada.

Hipócrates nos habla de los cráneos artificialmente deformados de los macrocéfalos ó cabezas *grandemente* alargadas (ultra-dolicocéfalos) del distrito del Mar Negro. En Constantinopla se hizo moda dar forma redonda á la cabeza de los niños, con objeto de que se pareciesen á los individuos de la raza conquistadora. En el distrito del Río de Colombia, algunos indígenas que se aplanan la cabeza, tienen la frente tan huída, que vista la cara por delante

¹ Lubock. Orígenes de la civilización.

tiene la forma de una pera con la base hacia arriba; mientras que otros comprimen el vértice del cráneo hasta darle una forma opuesta á la anterior; en fin, indígenas de otras muchas razas de América, se deformaban notablemente el cráneo, y esta costumbre enteramente privativa sólo era dado ponerla en vigor á los príncipes y sacerdotes como signo de su alta jerarquía.

En cuanto al cabello, el hombre, no satisfecho con los dones que la naturaleza le concedió, ha imitado de los animales inferiores lo único que los adorna y embecelle: de las aves su plumaje, y el pelo de los cuadrúpedos. Exento el cuerpo del hombre de esas abundantes prolongaciones córneas que cubren la piel de los brutos, dispone éste su cabello de mil maneras: lo alarga ó lo acorta, ó lo suprime por completo con el único fin de adornarse.

Las consideraciones que hagamos á este respecto, nos permitiremos tomarlas íntegras de la obra de Lubock, «Orígenes de la Civilización.» Dice este autor: «Por lo que hace al cabello, varían mucho los usos de las diferentes razas; algunas se afeitan enteramente la cabeza; otras se dejan una especie de cresta en la parte superior; los cafres una corona, el indio de la América septentrional mira como cuestión de honor dejarse un mechón de pelo para el caso en que tuviese la desgracia de ser vencido, porque lo contrario sería burlar al vencedor, privándole del *scalp*, emblema de la victoria.»

«Los insulares del estrecho de Torres se rizan el pelo en largos bucles á manera de canutos, y usan también una especie de peluca dispuesta del mismo modo. A veces se rasuran la cabeza y dejan una cresta transversal. En el cabo York se lleva el pelo cortado casi siempre. Las mujeres de Tanna lo usan corto, pero formando un bosque de ricitos derechos, como de pulgada y media de longitud; los hombres lo dejan de doce á dieciocho pulgadas de largo y lo dividen en seis ó setecientos ricitos ó trenzas; á cada una de estas se arrolla esmeradamente, á partir de la base, la delgada película de una planta trepadora que le da el aspecto de un rollito de bramante; los extremos se dejan fuera unas dos pulgadas, se aceitan y se rizan.»

«Los naturales de las islas de Pigi conceden mucho tiempo y atención al peinado. La mayor parte de los jefes tienen un peluquero especial al cual consagran varias horas del día. Sus peinados miden en ocasiones, más de tres pies de circunferencia y Mr.

Williams vió uno que alcanzaba cerca de cinco. Eso les obliga á dormir sobre estrechas almohadas de madera para apoyar el cuello, las que no deben ser extraordinariamente cómodas. También se tiñen el pelo; y á veces prefieren el blanco, el rubio ó el rojo brillante.»

«No pocos peinados son tan ingeniosamente grotescos, que parecen hechos á propósito para excitar la risa. Unos tienen promontorio de cabellos de color rojo encendido, en la coronilla y todo el resto de la cabeza calva. Otros llevan la mayor parte del pelo corto, dejando tres ó cuatro hileras de mechones pequeños, como si tuviesen la cabeza sembrada de conchitas. Otros presentan la cabeza tonsurada, excepto un gran tufo en cada sien. . . .»

En algunas de las islas del Océano Pacífico, los indígenas suelen usar peluca ó trenzas de cabello postizo sobre su propio pelo, completamente teñido de rojo y distribuído en puntas semejantes á lenguas de fuego erizadas alderredor de toda la cabeza.

En resumen, la pasión por el adorno de la persona, según se desprende de cuanto queda dicho, parece dominar entre las razas de la especie humana.

